

porque Ebn Sihoud prohíbe severamente el fumar, y castiga de muerte toda infracción a sus órdenes. El emir Medjioun nos dió la hospitalidad; pero no pudo contener su sorpresa de que tuviésemos valor para ponernos así a merced del Wahabi, cuyo carácter feroz nos pintaba en términos tremendos, y nos aseguró que corriamos grandes peligros, pues Ebn Sihoud no se hacia el menor escrúpulo de emplear falsas promesas para obrar luego con infame traición. El Drayhy, que lleno de honradez, se habia adelantado sobre la fé del llamamiento del rey, sin imaginarse que fuese posible faltar a su palabra, empezó a arrepentirse de su crédula confianza; pero como su altivez le impedia el retroceder, proseguimos nuestro viage. Pronto llegamos al Nedgdé, país cortado por valles y montañas, y cubierto de ciudades y aldeas, amen de una multitud de tribus errantes. Las ciudades parecen mas antiguas y atestiguan una población primitivamente mas numerosa y rica que la que actualmente las ocupa. Las aldeas están pobladas de beduinos labradores; el terreno produce en abundancia trigo, verduras y sobre todo dátiles. Dijéronnos que los primeros moradores de aquel país le abandonaron para ir a establecerse en Africa, al mando de uno de sus príncipes, llamado Beni Hetal.

En todas partes hallamos una franca hospitalidad; pero en todas tambien oimos interminables

quejas de la tiranía de Ebn Sihoud: solo el temor retenia á aquellos pueblos bajo su dominio. En fin, despues de catorce dias de camino al paso de los dromedarios, lo que supone una distancia triple de la de una caravana en el mismo tiempo, llegamos a la ciudad de los wahabi;—la ciudad está rodeada de un bosque de dátiles; los árboles se tocan y dejan apenas entre sus troncos paso para un hombre á caballo; así es que la ciudad se oculta enteramente detras de aquel baluarte, llamado las Palmas de Darkisch. Luego que cruzamos aquel bosque hallamos una segunda trinchera de montones de huesos de dátiles, que parecia un dique de piedrecitas, y detras, la muralla de la ciudad que seguimos para llegar á una puerta que nos condujo al palacio del rey. Este palacio, muy grande y de dos pisos, es de hermosas piedras blancas de silleria. Noticioso de nuestra llegada, Ebn Sihoud nos hizo llevar á una de sus habitaciones, elegante y bien amueblada, donde nos sirvieron una copiosa comida. Este principio nos pareció de buen agüero, y nos alegramos de no haber cedido á los recelos que querian inspirarnos; por la tarde, despues de habernos aseado un poco, fuimos á presentarnos al rey, en quien vimos un hombre de unos cuarenta y cinco años, de ojos feroces, de tez atezada y barba muy negra; llevaba un gombaz ceñido á la cintura con una faja blanca, un turbante listado de rojo y blanco en la cabeza, un machalab negro so-

bre los hombros, y tenia en la mano la varita del rey de Mahlab, insignia de su autoridad; estaba sentado en el fondo de una gran sala de audiencia, bastante ricamente amueblada con esteras, alfombras y almohadones, y rodeado de los grandes de su corte. Los muebles, lo mismo que los trages, eran de algodón ó de lana del Yemen, por estar prohibida la seda en sus Estados, igualmente que todo lo que recuerda el lujo y los usos de los turcos. Tuve tiempo para hacer mis observaciones, porque luego que Ebn Sihoud hubo respondido brevemente y con tono glacial á los cumplimientos del Drayhy, nos sentamos y aguardamos en silencio á que entablase la conversacion. Sin embargo, al cabo de media hora, viendo el Drayhy que no pedia el café ni descogia el ceño, tomó la palabra y dijo:

—“Veo, ¡oh hijo de Sihoud! que no nos recibís como teniamos derecho á esperar. Hemos caminado por vuestras tierras y entrado por vuestro techo convidados por vos: si algo teneis contra nosotros, hablad; nada nos oculteis.”

Ebn Sihoud, lanzándole una mirada de fuego:

—“Sí, ciertamente, respondió, muchas quejas tengo de vos; vuestros crímenes son imperdonables. Os habeis rebelado contra mí y habeis rehusado obedecerme: habeis talado la tribu de Sachrer, en Galilea, sabiendo que me pertenecia.

“Habeis corrompido á los beduinos y reuníolos contra mí y contra mi autoridad.

“Habeis destruido mis ejércitos, saqueado mis campamentos y sostenido á mis mortales enemigos los turcos, idólatras, profanadores, malvados y libertinos.”

Luego, animándose y acumulando invectivas sobre invectivas, su rabia rompió todos los diques de la prudencia, y acabó por mandarnos que saliésemos de su presencia para aguardar sus órdenes.

Veia yo inflamarse los ojos del Drayhy é hincharse las narices; á cada instante temia una explosion de cólera que no hubiera servido mas que para acarrearnos desgracias; pero viéndose enteramente sin defensa se contuvo y levantándose con dignidad, se retiró lentamente para reflexionar sobre lo que debia hacer. Todos temblaban ante el furor de Ebn Sihoud, y nadie osaba oponerse á su voluntad. Dos dias y dos noches pasamos en nuestra estancia sin oír hablar de nadie, pues nadie se atrevia á vernos; los que mas fiesta nos habian hecho cuando llegamos, huian de nosotros ó se burlaban de nuestra crédula confianza en la fé de un hombre tan conocido por su caracter pérfido y sanguinario. A cada instante nos esperábamos á ver llegar los satélites del tirano para asesinarlos, y en vano buscábamos algun medio de escapar de sus garras. Al tercer día, el Drayhy, diciendo

que preferia la muerte á la incertidumbre, envió á llamar á uno de los ministros del wahabi, llamado Abou El Sallem, y le dijo:

“Id á llevar de mi parte estas palabras á vuestro amo: *“Lo que querais hacer, hacedlo pronto; no os acusaré y solo me acusaré á mí mismo de haberme puesto en vuestras manos.”*

Obedeció el Sallem, pero no volvió, y por única respuesta, vimos a veinticinco negros armados colocarse junto a nuestra puerta, lo que indicaba que decididamente estábamos presos.

¡Cuánto maldije la insensata curiosidad que me habia metido en un peligro tan gratuito!

El Drayhy no temia la muerte, pero la sujecion le era insoportable; paseábase de arriba abajo a pasos agigantados, como un leon enjaulado; al fin me dijo:

—“Es preciso que esto acabe; voy a hablar a Ebn Sihoud y a echarle en cara su perfidia; veo que la mansedumbre y la paciencia son inútiles, y quiero a lo menos morir con dignidad.”

De nuevo mandó llamar á el Sallem, y apenas le vió:

—“Volved cerca de vuestro amo, le dijo, y anunciadle que por la fé de los beduinos reclamo el derecho de hablar; siempre estará a tiempo para obrar como le plazca, despues de haberme oido.”

Habiéndonos concedido el Wahabi una audiencia, nos introdujo el Sallem, y llegado que hubimos a su presencia, dejónos el rey en pié, y nos dijo bruscamente sin responder al saludo de costumbre:

—“¿Qué quereis?”

El Drayhy, levantando la frente con dignidad, respondió:

—“He venido a veros, oh hijo de Sihoud, fiado en vuestras promesas y sin mas séquito que diez hombres, yo que mando a millares de guerreros! Estamos indefensos en vuestras manos; vos estais en el centro de vuestro poderío y podeis conculcarnos como á la arena; pero sabed que desde la frontera de la India hasta la de Nedgdé, en Persia, en Bassora, en la Mesopotamia, en Hemad, las dos Sirias, la Galilea y el Horan, todo hombre que ciñe el café os pedirá cuenta de mi sangre y tomará venganza de mi muerte. Si sois rey de los beduinos, como pretendéis, ¿cómo descendéis a la traicion? La traicion es el vil oficio de los turcos; la traicion no es para el fuerte, sino para el flaco ó el cobarde. Vos que ponderais vuestros ejércitos y que decís haber recibido del mismo Dios vuestro poderío, dejadme volver a mi pais y pelead conmigo en campo raso, porque, abusando de mi buena fé os deshonrais, os haceis objeto del comun desprecio y

“causaréis la ruina de vuestro reino.—He dicho; ahora haced lo que gustéis, algun dia os llegará el arrepentimiento. Yo no soy mas que uno —en tre mil; mi muerte no enflaquecerá à mi tribu, ni estinguirá la raza de los Challan. Mi hijo Sahren me reemplazará; él conducirá a mis beduinos y vengará mi sangre. — Estad, pues, prevenido y abrid los ojos a la verdad.”

Durante este discurso, el rey manoseaba su barba y se serenaba poco a poco. En fin, despues de un breve silencio:

—“Id en paz, dijo; nada malo os sucederá.”

Retirámonos entónces; pero todavia seguimos guardados con centinelas de vista.

Aquel acto de clemencia tranquilizó á los cortesanos, que habian oido con terror las atrevidas palabras del Drayhy, y se admiraban de la paciencia con que las habia escuchado el tirano; empezaron á irse llegando à nosotros y Abou el Sallem nos hizo comer en su casa. Yo sin embargo no estaba muy tranquilo por mí; creia en verdad que Ebn Sihoud no se atreveria á llevar las cosas al extremo con el Drayhy, pero temia que achacase todas sus culpas á mis consejos, y me sacrificase, á mí, oscuro *giaour*, á su resentimiento. Comunicué mis temores al Drayhy, que me sosegó jurándome que no llegarían á mí sino hollando su cadáver, y que o saldria el primero por las puertas de Darkisc h.

Al dia siguiente nos llamó Ebn Sihoud, nos recibió con mucho agrado y nos mandó servir café; luego empezó à hacer preguntas al Drayhy acerca de las personas que le acompañaban.

Ya llegó la mia, dije entre mí, y el corazon me latió un poco; pero sin embargo me repuse y cuando me nombró el Drayhy, me dijo el rey:

—“¿Luego vos sois Abdalla el cristiano?”

Y oida mi respuesta afirmativa:

—“Ya veo, añadió, que vuestras acciones son mas grandes que vuestra persona.

—“La bala de un fusil es pequeña, le dije, y mata á hombres muy grandes.

—“Difícil se me hace, repuso ronriendo, creer todo lo que cuentan de vos. Quiero que me respondais francamente. ¿Cuál es el objeto de esa alianza en que trabajais hace tantos años?”

—“Ese objeto es muy sencillo, le respondí. Hemos querido reunir á todos los beduinos de Siria bajo el mando del Drayhy para resistir a los turcos; ya veis que así formábamos una impenetrable barrera entre vos y vuestros enemigos.

—“Muy bien, dijo; pero si así es, ¿por qué habeis procurado destruir mis ejércitos delante de Hama?”

—“Porque érais un obstáculo para nuestros proyectos, repuso; no era para vos sino para el Drayhy para quien trabajábamos; una vez consoli-

“ dado su poder en la Siria, en la Mesopotamia y
 “ hasta en la Persia, queriamos aliarnos con vos,
 “ y hacernos de esta suerte invulnerables en la po-
 “ sesion de nuestra libertad absoluta. Hijos de
 “ la misma nacion, debemos defender la misma
 “ causa; a este fin hemos venido aquí para formar
 “ con vos una union indisoluble. Nos habeis re-
 “ cibido de un modo injurioso, y el Drayhy os lo
 “ ha echado en cara, en términos injuriosos tam-
 “ bien; pero nuestras intenciones son francas y os
 “ lo hemos probado viniendo sin armas á ponernos
 “ en vuestras manos.”

Ibase despejando el semblante del rey á medida que yo hablaba; y cuando acabé me dijo:

—“Estoy contento.”

Luego, volviéndose á sus esclavos pidió tres cafés y yo di gracias á Dios interiormente de haberme inspirado: el resto de la visita se pasó muy bien, y nos retiramos muy satisfechos. Por la noche nos convidó á una gran cena en casa de uno de sus ministros, llamado Adramouti, que nos habló en confianza de las crueldades de su amo y de la execracion con que generalmente se le miraba: hablónos tambien de sus inmensas riquezas; las que allegó en el saqueo de la Meca son incalculables. Desde los primeros tiempos de la Egipta, los principales musulmanes, los califas, los sultanes y los reyes de Persia envian todos los años

á la sepultura del profeta grandes regalos de joyas, lámparas, candelabros de oro, piedras preciosas, &c., ademas de las ofrendas del vulgo de los fieles. El trono solo, regalo de un rey de Persia, de oro macizo, embutido de perlas y diamantes, era de incalculable valor. Cada príncipe envia una corona de oro, guarnecida de piedras preciosas para suspenderla de la bóveda de la capilla, y eran innumerables las que habia cuando Ebn Sihoud la despojó:—un solo diamante del tamaño de una nuez, puesto sobre la sepultura, valia inmensas sumas. Cuando se considera lo que los siglos habian acumulado en aquel punto único, no sorprende que el rey se llevase cuarenta camellos cargados de pedrerías, amen de los objetos de oro y de plata maciza. Calculando aquellos inmensos tesoros, y los diezmos que recauda todos los años de sus aliados, creo que se le puede considerar como el monarca mas rico de la tierra, sobre todo si se atiende á que no tiene casi ningun gasto que hacer, á que prohíbe severamente el lujo, y que en tiempo de guerra cada tribu provee á la subsistencia de sus ejércitos y soporta todos los gastos y pérdidas, sin obtener jamas la menor indemnizacion.

Al dia siguiente me sentí tan contento de haber recobrado mi libertad, que fuí á pasearme todo el dia, y á visitar despacio á Darkisch y sus cercanías. La ciudad, construida toda de piedra blanca, con-

tiene siete mil habitantes, casi todos parientes, ministros ó generales de Ebn Sihoud. No hay entre ellos ningun artesano; los únicos oficios que ejercen son de armero y herrador, y aun de estos menestrales son muy pocos: no se encuentra nada que comprar, ni aun para comer. Cada cual vive de lo que tiene, es decir, de un huerto ó unas tierras que producen trigo, verduras y frutas y mantienen algunas gallinas, sus numerosos rebaños pastan en el llano y todos los miércoles los habitantes de Yemen y de la Meca acuden á trocar sus mercancías por cabezas de ganado: esta especie de feria es el único comercio del pais. Las mugeres salen sin velo, pero se echan su machalah negro sobre la cabeza, lo que les hace poquísima gracia, prescindiendo de que generalmente son muy feas y morenas en demasía. Los huertos situados en un gracioso valle junto à la ciudad, hácia el lado opuesto à aquel por el que habíamos llegado, producen las mas esquisitas frutas del mundo, bananas, naranjas, granadas, higos, manzanas, melones, &c., entre la cebada y el maiz. Los riegan con particular esmero.

Habiéndonos llamado de nuevo el rey al dia siguiente, nos recibió muy bien y me hizo muchas preguntas acerca de los diversos soberanos de Europa, particularmente sobre Napoleon, à quien profesaba una veneracion sin límites. La relacion

sus conquistas hacia sus delicias; por fortuna mis frecuentes conversaciones con el señor Lascáris me habian puesto en situacion de darle muchos pormenores. A cada batalla esclamaba:

—“Seguramente ese hombre es un enviado de Dios; estoy persuadido de que está en comunicacion íntima con su Criador, pues que éste tanto le favorece.”

Luego, mostrándose cada vez mas afable conmigo y mudando de conversacion.

—“Abdalla, prosiguió, quiero que me digais la verdad: ¿Cuál es la base del cristianismo?”

Conociendo las preocupaciones del Wahabi, temblé al oír esta pregunta, pero despues de rogar a Dios que me inspirase:

—“La base de toda religion, oh hijo de Sihoud, le dije, es la creencia en Dios; los cristianos creen, como vos, que no hay mas que un Dios, Criador del universo, que castiga a los malos, perdona a los arrepentidos y premia a los buenos; que él solo es grande, misericordioso y omnipotente.”

—“Bien está, dijo, ¿pero cómo haceis oracion? Recitéle el *Padre nuestro*, que hizo que le escribiese un secretario, le leyó y se le metió en la chaqueta; luego prosiguiendo mi interrogatorio, nos preguntó a qué lado nos volviáramos para orar.

—“A cualquiera, respondí, porque en todos está Dios.”

—“En eso os apruebo enteramente, dijo; pero
“debeis tener preceptos como teneis oraciones.”

Recitéle los diez mandamientos dados por Dios a su profeta Moises, que no le eran desconocidos, y prosiguiendo sus preguntas:

—“Y a Jesucristo ¿cómo le considerais?”

—“Como a la palabra de Dios encarnada, como
“al Verbo divino.”

—“Pero ¿fué crucificado?”

—“Como verbo no pudo morir, pero como hom-
“bre padeció por culpa de los malos.”

—“Perfectamente; ¿y respetais el Libro sagrado
“que Dios inspiró a Jesucristo? ¿Seguis puntual-
“mente su doctrina?”

—“Le conservamos con el mayor respeto y obe-
“decemos en todo sus preceptos.

—“Los turcos, dijo, han hecho un Dios de su
“profeta, y oran en su sepultura como unos idóla-
“tras. ¡Malditos sean los que dan al Criador un
“igual! ¡Ojalá los esterminen el sable!”

Y prorumpiendo cada vez con mas violencia en invectivas contra los turcos, censuró el uso de la pipa, del vino y de las carnes impuras. Estaba yo harto contento de haber salido tan bien de su peligroso interrogatorio, para atreverme a contradecirle en puntos insignificantes; y le dejé creer que despreciaba la mala yerba (que así llamaba él al tabaco), cosa que hizo sonreír al Drayhy, quien

sabia muy bien que el mayor sacrificio para mí era la privacion de fumar, y que aprovechaba todos los instantes en que podia impunemente sacar de su escondite mi amada pipa:—aquel dia sobre todo la deseaba con mas ahinco que nunca, por haber hablado mucho y tomado café muy fuerte.

Pareció el rey encantado de nuestra conversacion y me dijo:

—“Veo que siempre se aprende algo. Yo siem-
“pre habia creido que los cristianos eran los hom-
“bres mas supersticiosos del mundo; y ahora es-
“toy convencido de que se acercan a la verdade-
“ra religion mucho mas que los turcos.”

Todo bien considerado, Ebn Sihoud es hombre instruido y muy elocuente, pero fanático en sus opiniones religiosas; tiene una muger legítima y una esclava, dos hijos casados y una hija doncella. No come mas que alimentos preparados por sus mugeres, de miedo de que le envenenen; la custodia de su palacio está confiada a un batallon de mil negros bien armados; pero puede reunir en sus estados un millon y quinientos mil beduinos capaces de salir a campaña. Cuando quiere nombrar un gobernador de provincia, manda llamar al que destina a este cargo y le convida a comer con él; despues de la comida, hacen juntos las abluciones y la oracion; luego el rey, armándose con un sable, le dice: